

## HACE CIENTO VEINTIÚN AÑOS

Galdós se presentó en el número 4 del Paseo Colón, en Sevilla, el hogar del líder y ex-diputado republicano Antonio Pedregal. Aprovechaba su estancia en la capital hispalense, con motivo de la gira teatral con la compañía de María Guerrero, que ponía en escena su obra “Mariucha”, para saludar a su antiguo amigo, después de treinta años sin verse. Se conocieron en Madrid durante la Primera República, pero después Pedregal tuvo que exiliarse y no volvió a ser reelegido. A pesar de sus diferentes ideologías cuajó entre ellos una gran amistad.

Con una emoción temblorosa, llamó a la puerta y salió un hombre de mirada firme, aunque ajada por el paso del tiempo. En eso también eran distintos los amigos, pues Galdós conservaba su típica expresión tímida y huidiza.

Se fundieron en un abrazo histórico, con una intensidad de tres décadas. Era el reencuentro de dos mundos, dos vidas separadas por el destino y la geografía.

Cuando la emoción se relajó en lágrimas, pudo salir la voz:

–Canario, ¿cómo estás? Si superas cómo he vivido tus éxitos –exclamó Pedregal.

–¡Qué me alegro de verte! –dijo Galdós–. Estás como un chaval, tenaz como siempre. El otro día pregunté por ti, y me dijeron que has estado dando mítines.

–Sí, en Carmona y en La Campana. En este distrito lo tenemos difícil en las elecciones del próximo domingo. Lorenzo Domínguez Pascual está muy bien asentado

en el cacicato. Lleva en el Congreso desde 1891. Pero estamos con mucha ilusión. Se hará lo que se pueda.

Te voy a contar una anécdota que nos ocurrió el otro día en el mitin de La Campana, en la plaza delante de la Iglesia de Santa María la Blanca, por cierto un templo muy interesante, con esculturas barrocas de gran valor, que en el Diccionario de Tomás López se atribuyen a Duque Cornejo, pero que son de Felipe de Ribas y de Benito de Hita y Castillo.

–¡Ah!, y el nombre del pueblo, qué curioso, ¿a qué se debe? –preguntó Galdós.

–Pues a mí también me intrigó, pero los vecinos y vecinas me dieron distintas explicaciones. Unos decían que se llamó así por estar en la Campiña sevillana; otros que se debía a la campana que se tocaba para avisar de las incursiones de los moros, cerca de la frontera con el reino granadino. Y la tercera es la que emitió el que fuera alcalde de la población en 1876, Juan Gil de Gibaja, que la hacía derivar de una campana colgada de un árbol que servía a los ganaderos para recibir órdenes.

Pues bien, en el acto había entre el público unas chicas veinteañeras con una pancarta donde se podía leer: “Queremos votar y estudiar en la Universidad”, lo que me sorprendió gratamente. Como algunos muchachos empezaran a increparles para que se marcharan a casa, me acerqué a hablar con ellas. Les pregunté si conocían el movimiento sufragista y me dijeron que se lo había explicado su maestra doña Purificación Camps, que había leído obras de Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán; les había hablado de Millicent Garrett y Emmeline Pankhurst, e incluso les había enseñado varios números del periódico “Conciencia Libre” de Córdoba del año pasado

de 1902; pero que doña Purificación no sabía que estaban allí, que había sido una iniciativa propia.

Yo les di la bienvenida, les alabé su intención y la sabiduría de su maestra y les propuse que se colocaran detrás mía, lejos de los que las molestaban. Y así ocurrió. Yo me referí al tema en el discurso, señalando la injusticia que suponen las múltiples discriminaciones hacia las mujeres y noté que empezó a acudir más gente, sin duda atraída por la novedad reivindicativa. Es la savia nueva que nos llega.

—De lo que me dices de las jóvenes feministas no me extraña nada, porque mi amistad con Emilia me ha puesto sobre la pista de que asistimos al nacimiento de un gran movimiento social, que tendrá un gran futuro. Ya sabes de mi sensibilidad por el tema de la mujer, a la que he dedicado tantos títulos de mis novelas.

—Hablando de eso, si supieras cómo me he bebido tus libros, como si fueran míos, como aquellos primeros Episodios que me leías antes de llevar a imprenta y donde yo te matizaba esto o lo otro.

En ese momento, Pedregal señala a su compañera y se la presenta a Galdós.

—Perdón, esta es mi mujer, aunque no estemos casados: Francisca Antequera. A ella le debo la felicidad que tengo.

—Encantado de conocerla. Me alegro mucho de verlos tan unidos. Yo sin embargo no he tenido tanta suerte con Cupido.

—Bueno, bueno, se cuenta por ahí que eres un donjuán —apuntó su amigo—. Y quiero también presentarte a la pequeña de la casa, a Encarnita, la sobrina de Francisca, que está por ahí dentro y se va a alegrar de conocerte, pues le he hablado mucho de ti.

A la llamada de doña Francisca acudió una joven de unos quince años, que saludó a Galdós, mientras don Antonio señalaba:

–Mira, estás teniendo el privilegio de hablar con el mejor novelista por lo menos de nuestro tiempo. A ella le gusta la Literatura, pero le gusta más la Medicina. Ahora está estudiando Bachillerato en el Instituto Provincial “San Isidoro”, pero para acceder a la Universidad tendrá que pedir autorización al Ministerio de Instrucción Pública, lo que supone unos largos trámites y que el Catedrático quiera aceptarla en su clase. Parece mentira que todavía piensen algunos que la mujer puede desordenar un aula con su presencia. ¡Y después de todo, el título no le cualifica para el ejercicio profesional! ¡Es una vergüenza!

–Ya lo creo –dijo Galdós–, pero ella lo va a conseguir. Se nota que es inteligente.

–Gracias, señor –dijo la chiquilla–. ¡Mi tío me ha hablado tanto de usted, que solo me quedaba saludarle! He leído algunas novelas tuyas y me han encantado. La que más me ha gustado de las últimas ha sido “El abuelo”.

–Buena elección. Quizás debería llevarla al teatro, como “Realidad” o “Doña Perfecta”. Pues te animo a que hagas realidad tu sueño, pero para ello deberás luchar con todas tus fuerzas, porque lamentablemente la situación de la mujer en España en este momento es bastante discriminatoria. Paradójicamente el Código Civil os niega la plena capacidad jurídica y el Penal sin embargo os dice que podéis ser condenadas igual que los hombres, como denunció Concepción Arenal hace ya muchos años.

–Y fíjate lo que ocurrió en 1889 –añadió don Antonio–, cuando se impidió a tu amiga Emilia Pardo Bazán la entrada en la Real Academia Española, rechazada por las

actitudes misóginas de escritores como Juan Valera y José M<sup>a</sup> Pereda. Eso prueba que el movimiento sufragista en nuestro país es, como dijo María Pi y Sunyer, una pompa de jabón, con numerosas excepciones, como Arenal, Pardo Bazán o Rosario de Acuña.

–Es una pena y no lo podemos consentir –señaló don Benito–. Tenemos que permitirle a nuestras muchachas desarrollar sus extraordinarias capacidades, removiendo los obstáculos que encuentran en su camino, y contribuir así a la tarea más maravillosa que se pueda concebir: la educación en igualdad de las futuras ciudadanas y ciudadanos.

SEUDÓNIMO: Anpegal